

Reflexiones, pensamientos e historias

29 de agosto

Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los impuros, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre: que es la segunda muerte.

Ap 21,8

El día de ayer comentamos que cuando alguien muere “no va al cielo”, sino que está en un estado de sueño, se encuentra durmiendo. Así que tampoco estará en el infierno, ya que se encuentra dormido hasta la Segunda Venida de Cristo. Lo más terrible de los grupos religiosos derivados del cristianismo, es el miedo que infunden a sus feligreses diciendo que las almas se perderán en el infierno y permanecerán eternamente en sus llamas.

De la lectura de la biblia y de una exégesis como tal a la letra (ad litteram), dicho infierno y castigo eterno no es otra cosa más que la segunda muerte, es decir, morir incinerados en el azufre infernal y morir para siempre. El gran castigo consiste en no conocer el cielo y no vivir para siempre, en eso consiste el castigo, y para qué queremos más castigo que ese no conocer ni disfrutar de las mieles de la vida eterna.

La segunda muerte es eterna. Ya no habrá marcha atrás. El sueño que nunca acaba, del que no se despierta, incinerado en el azufre de los infiernos, reducido a polvo; olvidado por los que vivirán para siempre, que sí disfrutarán de su premio: la vida que no acabará. Y así, hasta la espera de la parusía, es decir, la segunda venida de Jesús el Cristo, en el que se instalará el juicio final.

La segunda muerte es eterna. El infierno es no gozar de la vida para siempre.

